



CAPÍTULO XIII

Principios de la Visitación (1).— Toma de hábito y profesión de la señora de Chantal y de sus dos primeras compañeras la señorita Jacobina Favre y la señorita Juana Carlota de Brechard.

1610—1611

EN el camino de Chambery á Ginebra, casi á igual distancia de estas dos ciudades, y en la pendiente de una de las colinas que bajan de escalón en escalón desde las cimas del San Bernardo y del monte Blanco, se levanta la pequeña ciudad de Annecy. Ninguna

(1) Los detalles que vamos á dar en los capítulos XIII y XIV, son á un mismo tiempo nuevos, y lo más auténticos que se puede imaginar. Los hemos sacado de los manuscritos inéditos. El primero se titula: *Fundación del primer monasterio de la Visitación de Santa María en la ciudad de Annecy, establecido el día 6 de Junio de 1610*. Está compuesto por la Madre Chaugy, Secretaria de Santa Juana Francisca, tal vez bajo el dictado de la Santa, pero á lo menos visto y corregido por ella. (Archivos de la Visitación de Santa María de Annecy, manuscrito en folio). El otro manuscrito tiene por título: *Compendio de la que ha pasado al principio del Instituto en la casita de la Galería, en donde vivieron nuestras primeras Madres dos años y medio; recogido por nuestra respetable Hermana María Adriana Fichet, séptima religiosa de nuestra orden, que fué de ello testigo ocular é irrepreensible*. (Manuscrito en 4.º, núm. 34, en los mismos archivos). Las religiosas que compusieron este preciosísimo manuscrito sobre la relación de la Madre Fichet, enviaron en una circular, á todas las casas del Orden, lo substancial de todo ello, con fecha de 1662. Sólo comparando todos estos documentos nos ha sido posible escribir la historia de los primeros años de la Visitación, acerca de los cuales teníamos hasta ahora muy pocos detalles.

de las bellezas de la naturaleza falta al gracioso cuadro en cuyo centro está situada. Un lago baña sus pies; corrientes de agua atraviesan en todos sentidos; álamos y plátanos seculares dan sombra á sus paseos. Prados, viñas, vergeles sembrados de chozas y casas de campo la rodean de una alfombra de verdor; y en el fondo se ve levantarse una cadena de altas montañas, cubiertas de bosques hasta la mitad, que se cruzan hacia el lado de la Suiza y de la Saboya, bajando y abriéndose á la parte de Francia, y formando el cuadro hermoso de este encantador paisaje. Y como si el arte celoso hubiera querido rivalizar con la naturaleza para embellecer estos lugares, un antiguo y fuerte castillo, de estilo de la Edad Media, flanqueado con altas torres, se sienta orgulloso sobre una roca escarpada que domina la ciudad, y mezcla memorias de guerra con los pacíficos pensamientos que hace nacer este cuadro campestre.

Aquí era donde San Francisco de Sales, desterrado de Ginebra, estaba retirado y donde esperaba á la señora de Chantal para fundar con ella la Orden de la Visitación.

Habiendo salido de Dijón la señora de Chantal el día 29 de Marzo de 1610, llegó á la ciudad de Annecy el 4 de Abril, Domingo de Ramos. Viajaba bastante despacio, á caballo, según se usaba entonces, llevando consigo á la mayor de sus hijas, de edad de trece años, y á Francisca, aún más joven, cuya educación quería continuar y concluir. Algunas señoras, parientas y amigas, la acompañaban también, y durante este largo camino de seis días se admiró su piedad, su caridad y su modestia. Estaba muerta para el mundo, y ocupada en el gran designio de su entera y completa consagración á Dios. En el camino y en las aldeas por donde pasaba, y en los lugares en donde tenía que hacer noche, se informaba de los pobres y de los enfermos, iba á verlos, les llevaba limosnas, les asistía con sus mismas ma-

nos, hacía sus camas y se recomendaba en sus oraciones. Al atravesar por Ginebra juntó á estos actos de caridad uno muy tierno de humildad. Uno de los parientes más cercanos del Sr. Chantal había hecho grandes servicios á esta ciudad, y los habitantes, llenos de gratitud, habían hecho el año antecedente una especie de ovación á un primo de nuestra Santa que pasaba por Ginebra; la señora de Chantal, por temor que la hiciesen algunas honras particulares, cambió de nombre, tomó el de Baronesa de Bourbilly para no ser conocida, y atravesando rápidamente por Ginebra tomó al instante el camino de Annecy.

En cuanto San Francisco de Sales supo que estaba cerca, montó á caballo, y con él veinticinco personas, señoras y caballeros, para ir á recibirla. Un gentío inmenso esperaba en las calles á la señora de Chantal, que llegó el Domingo de Ramos por la tarde, el año de 1610, en medio de las más vivas demostraciones de la alegría general. El Sr. Favre, Presidente del Parlamento de Saboya, había reclamado el honor de recibirla. Bajó, pues, en casa de este caballero, y desde el primer día hizo nuestra Santa la conquista de su hija, la señorita Jacobina Favre, que deseando consagrarse á Dios, ignoraba no obstante el modo de realizarlo; mas apenas vió á la señora de Chantal cuando un rayo de luz la iluminó. Por su parte, nuestra Santa comprendió al instante el mérito de esta joven, «querida de Dios y de los hombres por sus virtudes, por su talento, juicio sólido y reflexivo, y por su alma cándida y pura como la nieve (1).»

La Semana Santa la empleó en visitar las iglesias, á los pobres y á los enfermos. Después la señora de Chantal llevó á su hija María Amada al castillo de Thorens,

(1) Son las propias palabras de Santa Juana Francisca, escritas por ella misma en el libro de la fundación de Annecy.

en donde ésta debía residir con su esposo: pasó allí los últimos días de Abril y los primeros de Mayo, organizando por sí misma la casa de su Baronesita, comola llamaba, proveyendo á todo con ese juicio práctico que ya conocemos; y como los recién casados eran tan jóvenes, no los dejó hasta que tuvieron un mayordomo y un ama de gobierno, de cuya fidelidad é inteligencia se había asegurado.

Cumplidos estos deberes de madre, segura de que nada faltaba á María Amada, y confiando al cuidado de ésta por un mes ó dos á su hermana Francisca, partió para Annecy á ocuparse en su importante negocio.

Al poner el pie en el umbral de la casa de San Francisco de Sales, vió á dos señoras muy nobles, la una de bastante edad y la otra muy joven aún, que venían para hablar con San Francisco de Sales. La figura modesta é inocente de la joven llamó la atención de nuestra Santa. La joven, por su parte, apenas vió á la señora de Chantal, cuando se sintió iluminada é inflamada de amor, y volviéndose hacia Dios: «Y qué, Señor—se dijo á sí misma,—¿me habréis escuchado, y vais, en fin, á manifestarme lo que queréis de mí?» Ocultó, sin embargo, su emoción, y entrando en casa del Santo, le pidió el favor de una conversación particular, en que le abrió su corazón, le expuso sus deseos de vida religiosa, sus terribles incertidumbres hasta entonces, y por último, la impresión que acababa de sentir al ver á la señora de Chantal. Al salir de esta conversación, la Visitación contaba con una pretendiente más: era la señorita María Petra Chatel, que nuestros lectores conocen ya (1).

Nada manifiesta más la virtud de la Baronesa de Chantal que lo que hizo al otro día de su arribo á la ciudad de Annecy. Por una escritura otorgada ante no-

(1) *Vida de las primeras Madres de la Visitación*, tomo I, pág. 270.

tario, cedió á sus hijos todos sus bienes, y aun su misma viudedad, no reservándose nada de su fortuna, sino diez escudos que tenía entonces en su bolsillo, y que no se le ocurrió dar (1). El mundo criticó mucho este paso, que á su modo de ver era, efectivamente, muy arriesgado; pero la Providencia, que nunca abandona á los que en ella confían, se encargó de justificar la conducta de la Santa Baronesa, por caminos que admiraremos después.

El día señalado por el Santo Obispo de Ginebra para establecer su grande obra de la Visitación, era el de Pentecostés, porque decía que deseaba que sus hijas, encerradas como en un pequeño cenáculo, recibiesen allí al Espíritu Santo, y se embriegasen con este vino celestial, que hace hablar una nueva lengua, y vivir con vida nueva (2).

Un contratiempo, en que luego se manifestó el dedo de Dios, hizo que se dilatase la empresa.

Había en Saboya una familia opulenta, á quien Dios inclinaba fuertemente al retiro. El padre quería entrar en los frailes menores, y su hijo tenía los mismos deseos; la madre trabajaba en formar una nueva congregación de doncellas, con las cuales se proponía llevar una vida oculta y dedicada á la oración. La casa estaba comprada y amueblada, y muchas jóvenes se preparaban á entrar en ella, aprobándolo la opinión pública. Hablaron de esto á San Francisco de Sales, y le propusieron que uniese sus esfuerzos á los de esta señora. Al Santo le costó algo de trabajo el consentir en esto; pero como tenía un carácter dulce y condescendiente, concluyó por acceder al nuevo proyecto.

Acercándose el día de Pentecostés, el Santo Obispo de Ginebra escribió á esta señora, de quien no recibía

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de la Madre Greffier.

(2) *Maupas*, cap. XIX.

ya noticia alguna. La representaba que, estando en visperas de ejecutar tan grande empresa, era menester que viese y supiese si tenía bastante afecto, valor y fortaleza para abrazarse con Jesús crucificado, despidiéndose del mundo; y que si no estaba aún bien decidida á entrar en este camino, tuviese la bondad de decirse-lo, á fin de que las otras diesen principio á lo que tanto deseaban (1).

La carta estaba fechada en 2 de Mayo de 1610. Al recibirla esta señora, cuyo nombre ocultó una piadosa reserva, entró en un profundo desaliento. Jesús crucificado, con quien era preciso abrazarse, según decía San Francisco de Sales, la amedrentó, y empezó á dudar seriamente de su vocación. Una enfermedad que entonces la atacó, la persuadió de que no debía ser religiosa, y escribió al Santo que no contase más con ella.

Este contratiempo era tanto más desagradable, cuanto que contando con la casa que esta señora tenía preparada, San Francisco de Sales no había pensado en procurarse otra; y como la señora de Chantal había dejado todos sus bienes á sus hijos, no había dinero para comprar y amueblar una casa. Pero no se conmovieron por esto los dos Santos fundadores, antes bien, se congratularon por verse de este modo libres para principiar su obra, acompañados de la santa pobreza. San Francisco de Sales vió en el arrabal de la Perriere, casi á las orillas del lago, una casita de aspecto modesto, con un patio por un lado y por el otro un jardín, separado, es verdad, de la casa por un camino, pero que dejaba comunicación con ella por una galería cerrada, echada como un puente sobre el mismo camino. Inmediatamente la ajustó, pagó una parte de su coste, se obligó al resto, y nunca se vió á este amable Santo más

(1) Carta del 2 de Mayo de 1610.

contento que el día en que firmó el contrato. «Nunca he sido más feliz que hoy—decía,—pues he encontrado una colmenita para mis pobres abejas, ó más bien una jaula para mis palomitas (1).»

Bien se manifestó que Dios por sí mismo había dirigido todas las cosas, porque la fundación que debía haberse verificado el día de Pentecostés, no pudo realizarse sino el domingo de la Santísima Trinidad, que caía aquel año en el día de San Claudio. Nadie había pensado en ello, pero se observó con admiración, que por segunda vez se cumplía la palabra que Santa Juana Francisca había oído en una visión: *Valor, hija mía; entrarás en el descanso de los hijos de Dios, por la puerta de San Claudio.*

Un prodigio acabó de rasgar el velo transparente bajo el cual se ocultaba la mano que lo gobernaba todo. Uno de los días de esta misma semana de Pentecostés, San Francisco de Sales se paseaba sólo en su cuarto rezando el Rosario, como lo tenía por costumbre. De repente, dos columnas de fuego aparecieron á su lado. Sumido el Santo en la meditación y continuando su paseo sin detenerse, le escoltaron por algún tiempo, como él mismo lo contó humilde y sencillamente al Sr. D. Miguel Favre, su confesor, que lo declaró bajo juramento. «Parece—añaden las Memorias—que Dios envió estas luces y estas columnas á este gran Moisés, para confirmarle en la salida de su pequeño pueblo, elegido fuera del Egipto de este mundo; porque si se ha dicho de los hijos de Israel que eran los más pequeños entre los pueblos, así nosotras somos las más pequeñas entre las familias de la Iglesia de Dios (2).»

El 5 de Junio de 1610, vispera del día en que debía principiarse la empresa, se empleó en concluir los úl-

(1) *Fundación inédita del monasterio de Annecy*, pág. 5.

(2) *Fundación del monasterio de Annecy*, pág. 6. (Citaremos siempre la copia del monasterio de Dijón.)

timos preparativos. La señorita María Jacobina Favre y la señorita de Brechard estaban decididas y prontas á unirse á la señora de Chantal. Se había esperado que la señorita María Petra de Chatel, que había venido la víspera de Pentecostés á la ciudad de Annecy, y cuya vocación se había decidido á la primera mirada que había dirigido á la Santa, se juntaría á las otras dos; pero le fué preciso volverse para alcanzar el consentimiento de sus padres. La excelente joven Ana Jacobina Coste, debía servir de portera y criada hasta que el Santo Obispo pudiese hacerla lugar en la constitución futura de su congregación. Estando así todo pronto, la casa con algunos muebles, la capilla adornada con cortinas blancas y varias flores, la señora de Chantal, que había trabajado todo el día en acabar los preparativos, se retiró la última, y se acostó, en fin, para descansar. Pero apenas estuvo en la cama, cuando de repente se sintió atacada por una cruel tentación. Le parecía ver á su padre y á su suegro cargados de años y de dolores, pidiendo venganza contra ella; y lo que es más doloroso, á sus mismos hijos llorando y tendiéndola los brazos. ¿Acaso no era un crimen el haberlos abandonado? ¿Y no pasaría en la Iglesia, según el juicio de las Santas Escrituras, por una infiel, habiendo dejado así á sus hijos? Sin duda había engañado al Santo Obispo con sus instancias, si bien exentas de malicia, y en su consecuencia el consejo que la había dado de dejar á su familia, no era conforme á la voluntad de Dios. Y si esto era así, ¿no era mejor dejar la empresa comenzada, que no seguirla temerariamente? Y pensando en esto, encontraba mil pretextos honrosos para hacerlo como era conveniente. Este martirio duró dos horas por lo menos. En vano llamaba á la fe en su ayuda; en vano trataba de recordar el modo, la lentitud y prudencia con que se había tratado y arreglado este negocio; la tentación crecía

siempre; en fin, casi agotadas ya sus fuerzas, se puso de rodillas, y exclamó: «¡Dios mío! Yo me abandono enteramente á vuestra providencia; que mi padre, mis hijos, mi familia y aun yo misma perezcamos, si tal es vuestra voluntad divina; poco importa todo esto; lo único que quiero, mi sólo deseo en el tiempo y en la eternidad, es obedeceros y servir á Vuestra Majestad.» Estas enérgicas palabras, pronunciadas con viva fe, volvieron la paz á su corazón. Las nubes se disiparon, y, como sucede siempre, después de las tentaciones, cuando no se ha sucumbido á ellas, una dulce alegría llenó su corazón, y le inundó de consuelo hasta la mañana (1).

El día 6, la señora de Chantal y sus dos compañeras, después de haber comulgado en la Misa, de mano de San Francisco de Sales, emplearon el día en visitar las iglesias y los pobres; á la tarde y al ponerse el sol fueron á casa de San Francisco de Sales, que las había convidado á cenar con sus hermanos. Muchas personas habían ido también para despedirse de las tres señoras. Después de la cena, el Santo Obispo hizo entrar en su cuarto á la señora de Chantal y á sus dos compañeras, la señorita María Jacobina Favre y la señorita Carlota de Brechard, y no pudiendo contener su emoción á la vista de estas castas esposas de Jesucristo, que no respiraban sino por el aire dulce de la soledad, y que ardían en deseo de dejarlo todo por Dios, las excitó á cumplir su sacrificio con palabras dignas de la santidad de su hermosa alma, y de las grandes virtudes de las personas á quienes las dirigía. Entregó á la señora de Chantal un cuaderno de las Constituciones que debían seguir, y levantando los ojos al cielo las bendijo en el nombre del Padre que las atraía, del Hijo que las gobernaba, y

(1) *Fundación inédita de Annecy, pág. 7.*

del Espíritu Santo que las animaba con sus amorosas llamas (1).

Se había querido tener callada la hora en que la señora de Chantal y sus dos compañeras se retirarían á su casa; pero desde por la mañana estaba el pueblo atisbando, y creció tanto el gentío, que era casi imposible andar. El aire resonaba con gritos y bendiciones. Las santas Fundadoras se adelantaban despacio, conducidas por los tres hermanos de San Francisco de Sales, y acompañadas de la nobleza, de la magistratura y del pueblo. No había uno sólo que dejase de sentir en su alma una emoción vivísima al contemplar este pacífico triunfo de la humildad y de la caridad. En el momento en que entraban en la casa de la *Galería*, Ana Jacobina Coste vino á echarse á sus piés, prometiéndolas de rodillas servirles en todo con entera fidelidad. La casa estaba llena de señoras, la mayor parte parientas y amigas que deseaban ser las últimas en abrazarlas.

La noche, que se venía encima, obligó á la gente á retirarse, y las tres fervorosas novicias quedaron solas con Dios. Sus almas estaban llenas de una santa paz. «Este es el lugar de nuestras delicias—dijo la Santa.—Henos ya por fin en el descanso de los hijos de Dios, no solamente por la puerta de San Claudio, sino en el mismo día de San Claudio.» Después se pusieron de rodillas, dando gracias al divino Piloto que las había conducido al puerto á pesar de tantas tempestades, oyeron la lectura del reglamento que San Francisco de Sales les había dado por escrito, se abrazaron estrechamente unas á otras y se prometieron un tierno y fraternal afecto. La señorita de Favre y la señorita de Brechard, prometieron además á la señora de Chantal una filial

(1) *Compendio de lo que ha pasado en el principio del Instituto en la casita de la Galería.*

obediencia; y por último, acariciaron á la buena Ana Jacobina Coste, escogida por Dios para ser la primera tornera del instituto.

En tan agradables ocupaciones, llegó la noche y se retiraron alegremente á sus pobres celdas, donde dejaron gustosas sus vestidos seculares para siempre. La señorita de Brechard, la más vehemente de todas, quitándose los suyos los pisó con desprecio. Muchas veces repitieron después que nunca habían tenido un sueño tan dulce y tranquilo como el de la primera noche de su retiro.

Sólo la señora de Chantal fué la que no durmió. Su emoción era muy grande; toda la noche estuvo su corazón deshaciéndose de amor, contemplando y adorando la bondad de Dios, y las maravillosas sendas por donde había querido se llevase á cabo la deseada empresa. Un instante, sin embargo, estuvo á pique de turbarse esta paz admirable. Al amanecer, una duda se apoderó de su entendimiento. «¿No era tal vez temeraria esta empresa? ¿No era tentar á Dios encargarse del gobierno de una familia? ¿De dónde sacaría lo necesario para mantener y vestir á sus hermanas? Dios, que á ejemplo suyo quiere que se obre en todo prudente y juiciosamente, ¿no la abandonaría como á una loca, que no se había provisto del aceite necesario para tener encendida su lámpara?» (1)

Las impresiones en la señora de Chantal, eran siempre muy vivas; ésta duró casi dos horas, pero la fe ardiente de la Santa la sostenía en medio de estas turbaciones. «Qué, Dios mío—decía,—¿por qué he de temer? ¿Qué es lo que me inquieta? Vuestros amorosos cuidados se extienden hasta los pajarillos de los bosques y los lirios de los campos: ¿cómo podríais negarlos á vuestra humilde sierva? Basta que busquemos vuestro reino

(1) *Fundación inédita de Annecy, pág. 9.*